

Aburridos con el Magic Circus

El éxito de «Magic Circus» en sus representaciones de la semana anterior en el Romea ha sido apoteósico, inenarrable, indescriptible.

La ciudad entera, todas las Barcelonas —o mejor dicho, todos los que han podido pagarse la entrada, o han tenido la habilidad de colarse, o han podido asistir al espectáculo cuando sus precios hansido simbólicos lo han pasado en grande con los actores del «Magic» con su espectáculo. La cosa tiene que haber sido extra porque no se ha formado escándalo digno de consideración ni aprecio, a pesar de la llamada al desorden y a la vagancia —es decir, a la alegría, la diversión y la vida que sí es vida.

En cambio perfectamente descriptible, y narrable con pocos elementos, la escena que se produjo —que no se produjo— en la primera aparición, semipública, de los

pumoso traidor, que con sólo tres copas ocasionó un dolor de cabeza totalmente desproporcionado, impropio de tal producto en su homologación europea.

Bien, los del «Magic Circus» ofrecieron una muestra discreta, elegante de su trabajo, como prólogo a las preguntas y respuestas. Instalaron un piano negro contra uno de los muros del local, bajo una pintura titulada «Intolerance» y a la izquierda de otra donde iba escrito un «Kiss me stupid» encorrajador —¿cómo se dirá «encorrajador» en castellano? Da igual, los del «Magic» hablan y cantan en catalán con una facilidad natural, propia de personas civilizadas.

Se puso al piano uno de los actores, y apoyado en él Jacqueline, la actriz, con un



componentes del «Magic Circus» en nuestra ciudad.

Fue el lunes anterior a las representaciones, a las ocho de la tarde, en la Galería Maeght de la calle Montcada.

Entre los importadores del espectáculo y los regentes de la galería se llegó al acuerdo de efectuar la presentación del «Circus» a los medios informativos y a un reducido número de divinos en el palacio de la calle Montcada.

La asistencia fue reducidísima, y no porque las puertas del local estuvieran cerradas, o tan sólo controladas. El total de asistentes, entre informadores y divinos, no debía pasar de los cincuenta. Las salas del palacio parecían vacías y desde la calle, a través de las grandes puertas abiertas de par en par, podía perfectamente parecer que no había nadie.

Sólo, de vez en cuando, cruzaba la perspectiva uno de los elegantes, discretos, modélicos camareros que se encargaban de servir pastas y espumoso —un es-

traje negro largo y una torre Eiffel de plástico, plateada, en la cabeza. De la torre Eiffel salían plumas de colores.

Jacqueline cantó ópera, y una canción popular catalana que poca gente identificó; cuando perdía la letra se inclinaba sobre el hombro del pianista para consultar la partitura. Luego rompió una copa de espumoso medio llena, que sostenía en la mano durante sus interpretaciones.

Vino luego el turno de preguntas y respuestas que se agotó pronto, y donde los del «Magic» explicaron lo que ya deben ustedes haber leído en otras partes: lo de los dineros, lo de su total desacuerdo con la introspección propia del Living Theater y de Grotowski y su decisión a favor de la extrospección; lo del amigo que tras asistir a un curso grotowskiano se suicidó, etcétera. Ah, sí, alguien les preguntó qué por qué se titulaban animales tristes, y dijeron que porque el hombre es un animal que está triste. Será influencia de las Sa-

gradas Escrituras: «Post coitum tristetur».

Finalmente el refrigerio, las pastas con espumoso. El medio centenar escaso de asistentes se medio desparramó por las salas de la planta del palacio, con una copa en la mano y un asalto mínimo a las bandejas de pastas y patatas fritas. Los actores del «Magic Circus» deambularon entre los grupos al principio, buscando plan, gancho, conversación; no lo encontraron, no encontraron nada de esto y pronto, con elegancia, abdicaron de este papel. Divinos e informadores formaron los grupos de siempre, de cada vez, de cada año.

A los del «Magic Circus» les gusto mucho más la Barcelona del Molino. La mayor parte del medio centenar de divinos vienen diciendo, de siempre, que a ellos también les entusiasma el Molino.

Alguien, el «Magic Circus» o nuestros divinos, miente.

RAMON BARNILS